



ILUSTRACIÓN: BRIGGITTE VILLAVICENCIO

Cilios y Papilas

MARCEL MORILLO

La mañana del trece de marzo de 2020, Celso Higinio Bedoya, mi compañero de cuarto, fue diagnosticado con un virus que le privaría, en poco tiempo, de los sentidos del olfato y del gusto.

Celso Higinio tenía veintidós años, era un joven arrogante, de pocos amigos y solitario. Se dedicaba a estudiar literatura en la universidad y a trabajar, a medio tiempo, como mesero en el restaurante elegante de su tío Humberto.

La noticia le devastó tanto el alma que, hasta creo, se volvió más sensible y empático conmigo, pues no habíamos hablado mucho durante los tres años que compartimos los gastos del apartamento.

Al día siguiente del diagnóstico, comencé a notar un cambio en su personalidad. Estaba más callado que de costumbre. Generalmente, hacía comentarios de lo bien que escribía, aunque nunca me dejaba leer sus textos.

La luz de su cuarto permaneció encendida en todo momento. Se encerró allí sin emitir ruido alguno. Cuando le pregunté si todo estaba bien, me contestó con resentimiento que, en ese instante de su vida, solo quería escribir en soledad sobre su nariz y su lengua, pues sería anósmico y agéusico dentro de muy poco.

Una noche, cuando me disponía a ver una película de comedia, escuché un fuerte golpe en la pared del cuarto de mi compañero, seguido de un quejido de dolor y un pequeño llanto. No me atreví a preguntar qué pasaba. Intuí que aquella reacción era consecuencia de la desgracia que le había ocurrido. Desde ese momento, supe que la inevitable y peculiar tragedia de Celso Higinio Bedoya había comenzado.

Durante las semanas que pasó encerrado Celso Higinio escribiendo, escuché gritos, sollozos y risas a través de esas paredes contiguas a mi habitación. Hubo noches en las que debí dormir en casa de mi enamorada porque no soportaba esa extraña sensación de estar viviendo al lado de un loco.

Los días en los que su locura se apaciguaba, Celso Higinio me llamaba a la salita del apartamento, me ofrecía una cerveza fría y me decía que quería que yo fuese el testigo confiable con el que pudiese desahogarse.

—Me gustaría compartirte mis recuerdos del gusto y del olfato antes de que desaparezcan. Estoy escribiéndolos en mi computadora, pero prefiero la sensación de contárselos con mi voz a alguien cercano, y en estos momentos eres la única persona que tengo cerca —confesaba Celso Higinio con tono melancólico y con los ojos rojos a punto de llorar.

Creo que en ese entonces no podía comprender por completo los sentimientos de mi compañero. Solo podía escucharle y tratar de

empatizar con sus relatos.

Recuerdo que una vez me confesó que nunca le gustó la comida de su madre Glenda porque le ponía mucho condimento a todo. Decía que la comida de su abuela Francisca, Mami Paquita, como él la llamaba, era mejor. Celso Higinio era, al igual que yo, un estudiante foráneo. Me contó que cuando era pequeño, él y su familia vivían en un pueblito de pescadores dentro de una pequeña casa frente al mar, y que su Mami Paquita lo alimentaba con los mariscos frescos que su abuelo Crescencio llevaba a casa todas las mañanas.

Celso Higinio Bedoya era amante de los camarones apanados y de los ceviches de pescado, calamar y pulpo. Me contaba también que el olor a mariscos recién asados era uno de sus favoritos, y que, durante los diecisiete años que vivió en la playa había probado todos los platos típicos de la Costa del Ecuador; que los prefería mil veces a los de la Sierra y dos mil veces a los del Oriente ecuatoriano.

Él era, según sus palabras, un degustador consumado y que, gracias a su sensible paladar, el restaurante de su tío Humberto tuvo éxito, pues no solo le ayudaba como mesero, sino que el chef le pedía consejos para conseguir la sazón deseada en sus platos. Celso lamentaba el hecho de no haber podido viajar lo suficiente y degustar, a diestro y siniestro, las delicias culinarias del mundo.

En algunas ocasiones llegó a mencionarme que sufría con frecuencia ataques de ansiedad mientras escribía sus recuerdos en su habitación. Celso Higinio temía el momento en el que sus sentidos comenzaran a dejar de funcionar.

—Es como vivir permanentemente angustiado —decía—. Todavía puedo oler y degustar, pero saber que algún día dejaré de hacerlo me perturba, me llena de impotencia y eso es lo que me atormenta. No sé cuándo sucederá. No sé el día ni la hora, solo sé que pasará y no estoy seguro de poder lidiar con eso.

En cierta ocasión, Celso me contó que tuvo una novia llamada Jazmín y que ella olía como la flor que llevaba su nombre. Me dijo que Jazmín se había ido a Chile hacía ya dos años y que habían perdido el contacto desde entonces, pero recordaba su fragancia constantemente y le gustaría verla y olerla por última vez.

Habían pasado cuatro días desde aquella conversación. Celso y yo habíamos mantenido distancia durante ese tiempo. Mencionó que necesitaba estar solo y que me llamaría cuando llegase a la mitad de su libro. Esa tarde recibí un mensaje de su parte.

He perdido el olfato. Reunámonos en el restaurante de mi tío esta noche. He llegado a la mitad de mi camino como escritor y hay que celebrarlo. Me gustaría mostrarte los avances de mi libro y quiero seas el primero en leerlo.

Era la noche del catorce de agosto y aquel anósmico escritor había pedido pequeñas porciones de todo lo que estaba en el menú. Argumentaba que quizá esa sería su última cena y que, mientras sus papilas funcionasen, no dejaría pasar la oportunidad de degustar los mejores platos del restaurante.

Mi compañero de mesa sacó una carpeta con papeles de su mochila y me la dio.

—Aquí está una copia del primer capítulo de mi libro. Échale un vistazo y dime qué te parecen —dijo mientras se disponía a cortar un jugoso filete de lomo.

En mi lectura pude notar que Celso Higinio Bedoya era uno de esos autores que plasmaban el alma en sus obras.

En su primer párrafo:

Confusa es la percepción de mi mente al recordar los gustos del

pasado. En mi voluntaria soledad he vuelto a visitar mis virtudes y me aflige revelar que dos de ellas desaparecerán pronto. Los sabores y olores de mi vida han decidido abandonarme paulatinamente mientras escribo para usted. Considero un tanto desesperada mi repentina decisión de relatarle mis experiencias sensoriales, pero es lo único que me mantiene motivado en estos momentos de negación frente a mi inevitable desgracia...

Mi empatía surgió con naturalidad cuando leí los párrafos posteriores. Podría decirse que desde entonces fui testigo de su evidente talento como escritor y supe que su actual condición anímica había provocado en él una amarga experiencia creativa.

Fue el dieciséis de agosto el día en que Celso Higinio Bedoya perdió el sentido del gusto y también fue el día en el que —por varias horas— le oí llorar como un niño sin consuelo.

Dos semanas después, Celso Higinio terminó su obra. Logró publicar sus relatos en la universidad donde estudiaba, y en poco tiempo sus palabras trascendieron los estantes de las librerías del país. Para noviembre de ese mismo año, Celso Higinio Bedoya se había convertido en uno de los escritores contemporáneos más destacados de América Latina. Su obra titulada Cilios y Papilas le llevó a ser aclamado incluso por escritores más experimentados —de esos que son intelectuales por naturaleza— que él.

Celso se mudó del apartamento en año nuevo. Me dio las gracias por haberlo apoyado en los momentos difíciles mientras lidiaba con su enfermedad y se despidió de mí con un abrazo.

—Has sido un buen amigo y quiero que sepas que no podría haber logrado esto sin tu ayuda. Considera este pequeño obsequio como parte de nuestra repentina y agradable amistad —dijo después del abrazo, mientras colocaba un sobre en mis manos.

Esa noche de enero abrí la carta que Celso Higinio me había dado

antes de irse. Hallé en su interior un cheque con una suma de dinero impresionante, además de un texto:

Cuando chico, solía apreciar a mi amistad sincera. Lamentablemente, no había tenido una hasta ahora. Gracias por todo, amigo.

No supe nada de él los tres meses posteriores a nuestra despedida hasta que, una mañana de lunes, su nombre se escuchó en las noticias internacionales.

Celso Higinio Bedoya había intentado suicidarse la madrugada del veintidós de febrero de 2021. Según las investigaciones, el joven escritor optó por cortarse las venas, pero habría fallado en los cortes. Una empleada del condominio logró advertir la escena al 911 y el victimario-víctima fue salvado por milagro.

Me pregunto si lo que hizo fue por melancolía. Yo creo que sí. Por momentos, hasta comprendo su decisión suicida. Es inevitable imaginar su dolor sin llegar a sentir angustia o pena por él.

